

Alguien muere y solo llueve

Parece que la sociedad ha decidido abandonar a las criaturas que considera que se han echado a perder, dejando a los heridos con un destino privado de esperanza

JOSÉ CARRIÓN
CATEDRÁTICO DE BIOLOGÍA EVOLUTIVA DE LA UMU



En las calles del pueblo donde me crié a principios de los sesenta, el hombre que maltrataba a un niño o a una mujer era simplemente tomado por cobarde y estigmatizado por el vecindario. Desafortunadamente, los tiempos han cambiado y muchas conductas pasan hoy desapercibidas en la complejidad de una urbe ajetreada, desentendida ya de pecados y virtudes.

Las palabras, que pueden ser balas para un adulto, se convierten en bombas cuando se trata de un niño. Y sin embargo, el maltrato infantil está en la casa del vecino, del amigo, del famoso, del desconocido que toma café charlando jovialmente en el bar de la esquina. Dicen las estadísticas que hay más de 40 millones de niños que sufren maltrato, de lo cual deduzco que se trata de muchísimos más.

Las ciencias de la conducta y la literatura señalan prototipos que responden a un hombre que, por lo general, ya ha maltratado a la madre de sus hijos. Un personaje como el cinico de La Granítica de Elías Canetti («primero son mis dientes que mis parientes»), el ego-vengue con que Oscar Ichazo remarca el talante sádico vengativo, el eneatipo VIII de Claudio Naranjo, el fálico-narcisista de W. Reich, o la personalidad antisocial de los manuales diagnósticos de trastorno mental (DSM): afectividad hostil, autoestima hipertrofiada, obsesión con el poder y el control, sin resonancia emocional para el sufrimiento ajeno. Su sensor de culpabilidad y vergüenza se encuentra atrofiado, pero suelen dar lecciones de rectitud, proyectando de forma malévola las intenciones ajenas, ocultando la verdad y aduciendo que las madres manipulan y los niños alteran la realidad. Para quien la vida es actuación, el mundo es un teatro.

El maltrato puede conllevar agresiones físicas, pero hay mecanismos más sutiles que, en su reiteración, tienen efectos devastadores: insultos, gritos, amenazas, desvalorización, culpabilización, indisponibilidad para el cuidado, negligencias en la alimentación, etc. El niño aprende a dulcificar al agresor con pasividad y claudicación, a menudo se vuelve receloso, viéndose afectada su capacidad de exploración. Hay ansiedad, nerviosismo y depresión y, dada la impregnación de hormonas del estrés, los niños maltratados suelen enfermar crónicamente, incrementando las tasas de suicidio.

A veces la realidad se distorsiona en la psique infantil, asentándose la sensación de que las personas no son auténticas, sino portadoras de máscaras. En este estercolero cotidiano, el niño busca pequeñas felicida-

des ocultas, y en detrimento de su evolución integral, no es infrecuente el desarrollo hipertrófico de alguna manía o fantasía grandilocuente; en el mejor de los casos de una habilidad creativa. En el peor, habrá un futuro maltratador y la tragedia continuará como una maldición genealógica. La primera copia de la existencia se imprime durante la infancia.

En España cabe aplaudir la implicación de psicólogos y otros profesionales de la salud, cuerpos de seguridad, centros educativos, ayuntamientos y un sinfín de asociaciones. Los juzgados, que han de sustanciarse con pruebas, y carecen de medios suficientes, hacen lo que pueden con una legislación simplista que registra la realidad en diferido y encuentra demasiadas dificultades para su aplicación. En nada ayuda que nuestro país sea radicalmente familista: lo que sucede hogar adentro es materia reservada, pues los hijos 'pertenecen' a los padres. Y se echa de menos una mayor colaboración ciudadana. Parece que la sociedad ha decidido abandonar a las criaturas que considera que se han echado a perder, dejando a los heridos con un destino privado de esperanza. Alguien se está muriendo y solo llueve (Nicanor Vélez).

Resulta irónica –y triste– la omnipotente amoralidad de nuestra naturaleza biológica: el agresor no suele sufrir por estrés. Como los machos alfa en un sistema jerárquico primate, las úlceras son para los humillados. Y es igualmente irónico –y esperanzador– que seamos una especie tan social: sin la presencia del otro no podemos llegar a ser nosotros mismos, como revelan los escáneres de atrofias cerebrales en niños privados de afecto. Para lograr la inteligencia, debemos ser amados.

Mi experiencia podría ser que nunca es tarde. Que hasta la infancia más magullada puede ser reconstruida. Cabe recabar ternura y confianza desde una red externa, una tutoría de resiliencia capaz de reducir la entropía interior y facilitar el ensamblaje del carácter. Pero no sigamos empujando una puerta que solo se abre desde dentro: nadie necesita un progenitor que lo maltrate. Si la paternidad o la maternidad deben ser responsables, no la esperemos de serie con el ADN. Si por tradición, hemos de sacralizar, mejor la infancia que la herencia. Pues esta pequeña y postergada humanidad es nuestra única esperanza para la supervivencia de la especie. Nos estamos cargando el planeta y lo hacemos de forma poco inteligente. Quizá la derrota de la historia se pueda explicar analizando la psicopatología de nuestro accidentado liderazgo. Aquellos niños no fueron bienamados.